

Así en las fiestas que tienen en su respetable templo, se congregan jactanciosos llenos del mayor contento; llevando en sus propias manos los costosos documentos que las modistas y sastres han dado por el dinero. Entónces á aquella Diosa soberana de aquel templo le presentan humillados cada qual su documento, y esperan la decision que ha de servirles de premio por las sólidas virtudes que han alcanzado en extremo. La bella Diosa al instante cada memorial leyendo va á su márgen anotando el correspondiente premio. A el uno pues se dirige preguntándole qué ha hecho. Este al punto se le humilla y le dice con anhelo, ¡Gran Diosa! treinta vestidos, poco mas ó poco ménos, he estrenado en solo un mes: si este merito no es bueno, saben que siempre he seguido vuestros modales preceptos. La Diosa no le responde, y se dirige al momento á otro segraz inocente, preguntándole qué ha hecho. Este tambien humillado le responde con respeto, que ha gastado en quatro meses mil doblones en sombreros:

que ha seducido á otros muchos á que gasten el dinero en frívolas composturas y en los modales preceptos. La Diosa del mismo modo sigue con afan diciendo que le digan sin reserva lo que todos hayan hecho. Aquí me tenéis, (dice una del hermoso sexó) que tan solo en afiletes he gastado dos mil pesos: en abanicos y cintas un caudal todo completo; y aun me hallo con la mira de arruinar el universo. A mis sinceras amigas con astucia las convenzo á que gasten dinerales sin temor y sin recelo. Por todos estos motivos me toca excelente premio. La Diosa sigue lo mismo, y á cada qual recorriendo les pregunta por sus nombres para poder conocerlos. Se acaba esta ceremonia: se sigue un largo silencio y de pronto empieza á oirse un sonido tan tremendo, tan hórrido y espantoso, como el de un clarin guerrero que anuncia á los enemigos ser pasados á degüello. Todo es confusion y espanto; se apaga la luz del templo y confusos los mortales llenos de pavor y miedo,

